

CABRAS

Padre Pedro José Ynaraja

Supongo que algunos lectores creerán que estas cortas aportaciones semanales mías, en las que me refiero a vegetales o animales, son puro entretenimiento. Que me gusten, no lo niego. A los doce años, el profesor de ciencias naturales del instituto de Burgos, nos exigía una colección de por lo menos 20 insectos disecados y yo superé ese número y con gran deleite. El gusto por la naturaleza tal vez fue herencia familiar, a la que yo añadí la afición a los minerales, bastante más "inofensiva" para un domicilio urbano y tranquilidad de mi ordenada madre.

El respeto por la Biblia también es herencia y su lectura cotidiana una práctica que nunca olvido. La Palabra de Dios no ha hecho más que aumentar muchas aficiones que no son exclusivamente religiosas, sin que le sean opuestas. No olvido que, según nos dice el Primer Libro de los Reyes, el sabio emperador Salomón "Habló sobre las plantas, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que brota en el muro; habló de los cuadrúpedos, de las aves, de los reptiles y de los peces" (5, 13). Evidentemente es mucho mejor imitarle en esto, que en su afición por coleccionar esposas y concubinas, que fueron muchas. Cuando voy por el campo y veo una flor o un animal, pequeño o grande, de inmediato pienso si es nombrado o no en la Biblia de tal manera que me viene a la mente la Palabra Revelada para nuestra salvación. De una manera indirecta me uno al Misterio. San Ignacio de Loyola lo aprobaría, estoy seguro, lo llama algo así como "composición de lugar".

Le sorprenderá al lector saber que del animal que encabeza hoy, de una u otra manera, es nombrado en la Biblia 139 veces, cuando en nuestras conversaciones es bicho marginado.

Recuerdo que cuando yo era pequeño, que un objeto fuese fabricado con piel de cabra era signo de calidad y duración. La leche, en cambio, siempre nos decían que era peligrosa, pues, podía transmitir las fiebres de Malta (hoy sé que recibe el nombre técnico de brucelosis, descubierta en 1850, en la isla que le dio el nombre).

Una de las primeras cosas que sorprende al viajero, sea peregrino o turista, que se desplaza fuera de las ciudades por Tierra Santa, son los rebaños que ve por el desierto. A continuación observa que, con bastante exactitud, están a un lado los animales claros, ovejas, y en el otro los oscuros, cabras. La pregunta inmediata es ¿qué comen estos animales? Sí, comen sin prisa lo que encuentran y les apetece. Los primeros, dejan yerbajos o matorrales más duros de masticar, para los segundos. La imagen que he descrito se refiere a grandes extensiones, a las afueras de Jerusalén, camino de Belén o de Jericó, por ejemplo. Yendo por el de Sin y por el Sinaí, se encuentra uno pequeños oasis con alguna jaima y su correspondiente familia beduina y, en este caso el ganado ovino es restringido de número y se mueve mezclado.

El espectáculo más común es el primero al que me he referido y recuerda uno la parábola de Jesús: "Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de

todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda... (Mt 25,31).

Una advertencia muy simpática, y a tono con el contenido de la última encíclica papal, que no la cita explícitamente, es el texto de Dt 14,21: "No cocerás el cabrito en la leche de su madre". ¡Qué delicadeza ecológica! ¡Qué detalle de delicadeza hacia el animal que le era fundamental para la subsistencia del beduino!